

Laura Lee Guhrke

Un lugar para Conor

Traducción de María Garín

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, lugares y acontecimientos que aparecen son producto de la imaginación del autor, o están usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es pura coincidencia.

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados

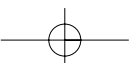
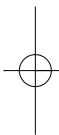
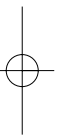
Título original: *Conor's Way*

© Laura Lee Guhrke, 1996
© por la traducción, María Garín, 2008
© Editorial Planeta, S. A., 2008
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,
División Editorial del Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © Lisa Spindler Photography Inc. / Getty Images
Fotografía de la autora: © CC Photography
Primera edición en Colección Booket: julio de 2008

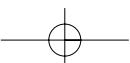
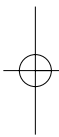
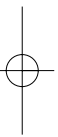
Depósito legal: B. 25.757-2008
ISBN: 978-84-08-07957-6
Composición: Pacmer, S. A.
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

*Para John, por supuesto. ¿Quién sino podría aguantar
llamadas a la una de la madrugada, hora de Belfast,
para contestar preguntas sobre gaélico?
Con mucho amor, como siempre.*



Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a James Bowen, diácono de la diócesis católico-romana de Boise, por desempolvar mis recuerdos sobre teología católica. También quisiera dar las gracias a todos los miembros de la biblioteca municipal de Ruston (Luisiana), por realizar magníficamente su trabajo de investigación. Gracias a la Carrie real (Carrie Gibson) por servirme de inspiración para el personaje de Carrie Taylor. Gracias también a Tip O'Connor por su ayuda de última hora, tan necesaria. Tip, te deseo la mejor de las suertes con los jóvenes escritores irlandeses. Y un agradecimiento muy especial a los amigos que me ayudan a seguir cuerda: Rachel Gibson, Hill Hill, Stef Ann Holm y Sandy Oakes. Especialmente a Sandy, cuyos perspicaces comentarios e ideas siempre ayudan. Sí, Sandy, ya puedes abandonar la alegría y hundirte en una depresión. He terminado el libro.



Capítulo 1

Norte de Luisiana, 1871

Cuando Conor Branigan se agachó para pasar bajo las cuerdas del cuadrilátero y entró en el ring, los hombres de Callersville pensaron que era demasiado guapo para ser un buen boxeador. Las mujeres, por supuesto, habrían tenido una opinión totalmente distinta al respecto, pero allí no había mujeres. Así que los hombres de Callersville le echaron un solo vistazo al delgado cuerpo de Conor y a su bonito rostro, y decidieron que el campeón local era un firme ganador.

Conor se detuvo en medio del ring y respondió a los abucheos y silbidos que le recibían a él, el extraño, con un insolente gesto a modo de provocación. Luego se dirigió lentamente hacia su rincón en el ring y se dispuso a esperar, mientras el corredor de apuestas tomaba nota a los últimos jugadores. Los ojos azules de Conor inspeccionaron las filas abarrotadas de gente —era viernes por la noche— sin fijarse en ningún rostro en particular. Después de veinte ciudades y veinte peleas en setenta días, todas las caras le parecían iguales, brillantes de sudor, esperando ansiosamente la pelea y anónimas.

Pero a Conor eso no le importaba. La vida en el circuito de boxeo le iba bien. Si ganaba la pelea aquella noche, lo celebraría con un baño caliente, un buen puro y com-

partiendo una botella de buen whisky irlandés con algún ángel misericordioso de labios color carmín que no pidiese nada más que un billete de un dólar y un beso de despedida. Al día siguiente, continuaría camino de otra ciudad y de otra pelea.

Ni ataduras, ni familia, ni compromiso. Aquella era la vida de Conor y así es como quería que fuera.

La entrada de su contrincante fue recibida con vítores y Conor se dio la vuelta para ver a Elroy Harlan caminando entre la multitud. El campeón reinante de Jackson Parish y el favorito de las apuestas era un mastodonte, una pared humana que entró en el ring aclamado por amigos y vecinos.

Conor calculó que Elroy pesaba por lo menos veinte kilos más que él, pero sabía por experiencia que los más grandes eran también los más lentos. Si Elroy hubiera tenido una constitución parecida a la suya, Conor se habría preocupado, pero cuando Elroy se dirigió hacia su rincón del ring y le miró con el ceño fruncido, él se limitó a apoyarse despreocupadamente contra las cuerdas y le lanzó al otro hombre una sonrisa deliberadamente provocadora. Cuando les provocaba, se enfurecían.

—Irlandés hijo de puta —gruñó Elroy.

Conor le sonrió aún más ampliamente. Los tipos furiosos cometían errores.

El boxeo era sólo un trabajo, una forma de ganarse la vida. No era divertido, pero era mejor que destripar pescado en Boston o limpiar excrementos de caballo de las calles de Nueva York doces horas al día por un mísero salario. Era mejor que estar clavando tornillos bajo el asfixiante sol en la vía del tren. Conor sólo trabajaba dos noches por semana durante cinco meses al año, y era libre el tiempo restante. No tenía que responder ante nadie, no necesitaba a nadie. Sí, la vida en el circuito de boxeo le iba bien.

—Ya te estás poniendo chulo, ¿no?

La voz de Dan Sweeney, su mánager, le apartó de sus pensamientos y Conor se dio la vuelta y se encogió de hombros despreocupadamente.

—No puedo evitarlo, Danny. Mira al tipo. Puede que no tenga ni siquiera que golpearle. Me limitaré a bailar a su alrededor hasta que esté mareado. Se caerá solo.

Danny y él habían bromeado a menudo sobre el estilo de boxear de Conor, pero en aquella ocasión, Dan no se rió. Al contrario. Miró alrededor y luego se inclinó hacia Conor, apoyando la frente en las cuerdas que les separaban.

—Las apuestas están hechas, tío.

—¿Y?

Dan se pasó la mano por la mandíbula.

—Ninguna sorpresa. Elroy es el gran favorito. Pero las apuestas por él son pequeñas, ninguna supera el dólar o los dos dólares. —Dan hizo una pausa y luego continuó—. Por otro lado, han venido un par de ricachones de Nueva Orleans que te vieron pelear en Shaugnessey la pasada primavera. Y han apostado una burrada por ti. Quinientos cada uno.

—Pues pronto serán aún más ricos.

Pero Dan negó con la cabeza.

—No, tío. El corredor de apuestas ha tenido una pequeña charla conmigo y ha dejado claro que prefiere no tener que pagar ese dinero, no sé si me sigues.

Conor le seguía. Si Elroy ganaba, habría muchos a los que pagar, pero cantidades pequeñas y el corredor sacaría un buen beneficio de las apuestas de los dos tipos de Nueva Orleans. Si Conor ganaba, sólo ganarían esos dos hombres, pero el corredor perdería una buena cantidad de dinero. Miró a Dan a los ojos y le dijo en voz alta:

—Quiere que me deje ganar.

—Digamos que sería mejor para nosotros que Elroy ganase esta pelea.

—Por encima de mi cadáver —dijo Conor con una sonrisa de niño bueno.

—Es en lo que podrías convertirte —gruñó Dan, y añadió—: No seas estúpido.

El árbitro hizo una señal a Conor indicándole que la pelea estaba a punto de comenzar y Dan se apartó. Conor se estiró contra las cuerdas y se dirigió hacia el centro del ring mientras se desabrochaba la camisa. Dan tenía razón. Nunca le habían pedido antes que se dejara ganar, pero sabía que si desafiaba al corredor de apuestas tendría problemas. Podría lograr salir de la tienda, incluso podría salir de la ciudad, pero no iría mucho más lejos. Era mejor que dejase que el viejo Elroy le diese un golpe por sorpresa que le tirase al suelo. Más fácil. Más seguro.

Conor dejó que la camisa le resbalase por los hombros y la tiró a un rincón del cuadrilátero detrás de él. La multitud dejó escapar un murmullo de asombro ante las cicatrices que atravesaban su pecho y su espalda, pero, como siempre hacía ante las miradas y los murmullos curiosos, él los ignoró.

Pero su aparente calma era pura fachada. Había gente que creía que aquellas cicatrices eran el precio pagado por su valentía y su coraje, pero Conor sabía la verdad. Al recordar a los hombres que le habían causado aquellas marcas, sintió de nuevo un odio familiar rugiendo en su interior. Aquellos hombres le habían arrancado todo lo que era, poco a poco, hasta convertirle en lo que ellos querían que fuese, hasta convertirle en lo que él más odiaba. En aquellos momentos, había enterrado ese odio muy adentro y lo escondía tras una sonrisa presuntuosa y una seguridad arrogante, pero el odio nunca le abandonaba.

«Algunas cosas nunca cambian», pensó mientras esperaba a que el árbitro diese la señal para que comenzase la pelea. Aquello no era Irlanda, pero seguía habiendo hom-

bres que le exigían que se subyugase, hombres que querían poseerle, utilizarle. De pronto le invadió la rebeldía, con repentina ferocidad.

El árbitro dibujó con tiza una línea en el suelo.

—Los pies en la línea, caballeros —gritó, y se apartó de un salto—. Ni patadas, ni pellizcos. ni mordiscos.

El rosario del boxeador, una letanía que Conor escuchaba dos días por semana de mayo a septiembre. «Ave María —pensó mientras esquivaba un puñetazo de hierro que intentaba propinarle Elroy, y—: ni hablar de dejarse ganar.»

El puño de Elroy le pasó por encima de la cabeza. Conor se irguió y con fuerza, golpeó con la izquierda las costillas, con la derecha a la mandíbula y con la izquierda de nuevo las costillas. Antes de que le alcanzasen los golpes de respuesta de su contrincante, dio un salto hacia atrás.

Echó un vistazo a Dan y vio cómo el viejo hacía un movimiento negativo con la cabeza. Sabía que para cuando terminase el combate, haría tiempo que se habría marchado y que debería enfrentarse solo a las consecuencias de su decisión. «Dios, algunas cosas nunca cambian.»

Elroy golpeó de nuevo pero esta vez Conor no fue lo suficientemente rápido. El puño le dio en la mejilla y se tambaleó hacia atrás viendo las estrellas.

«Jesús, Conor, apártate.» Podía oír la voz de su hermano Michael dándole instrucciones, igual que cuando eran niños, como si estuviese todavía en su casa en Derry y no en una tienda que apestaba a sudor en Luisiana, como si Michael todavía estuviera vivo. «No te quedes ahí parado. Cuando venga a por ti, apártate.»

Elroy embistió de nuevo sacudiendo los puños y esta vez Conor siguió el consejo de su hermano. Se agachó hacia el lado izquierdo y después propinó con fuerza tres puñetazos a la barriga de Elroy, para seguidamente apartarse

de nuevo fuera de su alcance. Después dio una vuelta de trescientos sesenta grados y Conor pudo oír el ruido de los huesos de su puño al lanzarle un gancho a la mandíbula de Elroy.

Éste se tambaleó, pero recuperó el equilibrio y levantó el puño para devolverle el golpe. Pero Conor no estaba allí.

—¿Qué diablos...? —murmuró Elroy mirando a su alrededor confundido.

Conor le llamó con un silbido y el otro se dio la vuelta justo a tiempo para recibir el último golpe. El flamante campeón de Jackson Parish se derrumbó y el eco del ruido de su cuerpo al golpear el suelo se confundió con el murmullo de consternación del público. Conor se hizo a un lado, alternando el peso de su cuerpo de un pie al otro, respirando a través de los dientes, expectante por si Elroy conseguía levantarse y continuar la pelea. El hombre lo intentó, pero no pudo ni siquiera ponerse de rodillas.

Conor levantó el puño en el aire reivindicando su victoria y se llevaron a Elroy fuera del ring. Michael habría estado orgulloso.

Pero sabía que disfrutaría poco de su victoria y que el precio que tendría que pagar por ella sería alto. Se dirigió a su rincón a coger una toalla y mientras se enjuagaba el sudor del rostro, observó cómo los que habían perdido las apuestas se dirigían hacia la salida. Hubo sólo dos hombres que se detuvieron junto a la mesa del corredor de apuestas para recoger sus ganancias. Conor sabía que aquellos eran los dos tipos ricos de Nueva Orleans.

Tal como esperaba, Dan se había marchado. El organizador le entregó los veinticinco dólares del premio y Conor guardó los billetes doblados en un pequeño bolsillo de una de sus botas, aunque sabía que los hombres del corredor de apuestas se lo quitarían, probablemente después de haberle dado una paliza de muerte.

Se puso la camisa y se la abrochó. Hizo una mueca de dolor al notar sus manos malheridas. Cogió la bolsa de cuero que contenía todo lo que poseía, se la cargó al hombro y se dirigió hacia la salida de la tienda que en aquellos momentos estaba ya vacía.

Ni siquiera pudo alcanzar la ancha puerta de salida. Por ella entraron tres hombres y Conor les observó mientras se colocaban uno junto a otro bloqueándole el paso. El hombre que estaba en medio habló:

—Hay alguien que quiere tener una charla contigo.

—¿Ah, sí?

Conor cerró el puño alrededor del asa de su bolsa, listo para lanzarla a un lado si era necesario.

—Es una pena, porque me voy ahora mismo —dijo procurando que su voz sonase despreocupada.

—No lo creo.

El hombre que había hablado dio un paso al frente y los otros dos le imitaron, dirigiéndose los tres hacia Conor.

Habría podido con cualquiera de ellos, incluso con dos, pero contra tres sabía que ni rezando tenía posibilidad alguna. Sin embargo, tampoco podía echar a correr, así que relajó uno de sus hombros y dejó caer la bolsa al suelo junto a sus pies. Le dio una patada apartándola, levantó los puños y le dio un golpe lateral al hombre que tenía más cerca, tan fuerte que le dejó tendido en el suelo. Pero antes de que pudiera hacer cualquier otro movimiento, los otros dos le placaron.

Luchó para liberarse, pero no lo consiguió. El hombre que estaba en el suelo se levantó y se puso delante de él. Conor sabía lo que iba a venir después. Alzó un pie del suelo y le dio una patada en plena ingle. Pero aquella breve victoria fue la última.

Los dos hombres que le sujetaban tiraron de él y Conor vio el puño viniendo hacia él. Intentó agacharse, pero no

lo consiguió. Sintió una explosión de dolor, un destello ardiente y de color blanco en uno de sus ojos, un segundo antes de que un puñetazo en el estómago le dejase sin respiración. Le llovieron puñetazos en el rostro y en el cuerpo hasta que dejó de luchar. Cuando los hombres le soltaron, cayó al suelo de rodillas y una patada en los riñones le dejó tendido boca abajo en el suelo. Se lamió los labios y pudo notar el sabor a sangre y a polvo.

Los dos hombres que le habían sujetado se pusieron a cada uno de sus lados y empezaron a darle patadas, sacudiéndole el cuerpo como si fuese una lata de hojalata. No tardó mucho en oír un crujido y supo que era el ruido de sus costillas al romperse. Intentó huir a gatas, maldiciendo lo estúpido que había sido. Debería haber aceptado el apañó. ¿Cuándo aprendería a no ir contra corriente?

—Ya es suficiente.

Conor sintió cómo le daban la vuelta para ponerle boca arriba. Abrió un ojo, totalmente hinchado y vio de pie frente a él a un hombre delgado y de cabello color caoba al que no había visto antes. El hombre puso una de sus brillantes botas sobre la garganta de Conor y le apretó hasta cortar-le la respiración.

—Deja que me presente —tenía acento sureño. Hablaba apretando un cigarrillo de liar entre los dientes—. Soy Vernon Tyler. Como eres de fuera, puede que el nombre no te diga mucho. Así que es mejor que te explique cómo funcionan las cosas por aquí.

Vernon se irguió y dio un paso atrás y Conor pudo aspirar una buena bocanada de aire sintiendo el dolor de sus costillas.

—Soy el dueño de prácticamente toda la ciudad —dijo Tyler después de dar una calada al cigarrillo y acompañando sus palabras de un gesto teatral con el brazo— y de casi todas las tierras de los alrededores aunque las tenga arren-

dadas a granjeros locales. Soy el dueño del colmado, del aserradero, del restaurante, del periódico y del hotel. Si algo no es mío, procuro comprarlo. Prácticamente todo el mundo por aquí trabaja para mí. Soy el jefe, soy el banco, soy la ley. ¿Lo entiendes, chaval?

Conor consiguió hacer un gesto de asentimiento. Lo comprendía muy bien. Puede que el acento fuese diferente, pero eran palabras que no oía por primera vez.

—Bien. Me has costado un buen puñado de dólares esta noche y no me gusta perder dinero. Si alguna vez vuelves a cruzarte en mi camino, chaval, te haré pedazos como si fueses un palo seco y servirás de pasto a las llamas. —Vernon lanzó el cigarrillo al suelo y lo aplastó contra la tierra con el tacón de su bota. Acto seguido se agachó y metió los dedos dentro de la bota de Conor quitándole su dinero. Se dio la vuelta y dirigiéndose a los tipos que estaban de pie junto a él, les dijo—: Chicos, llevaos este saco de mierda y arrojadlo al lugar que le corresponde.

Cogieron a Conor por los tobillos y las muñecas y sintió que todo el cuerpo se le descoyuntaba, como un pollo chamuscado. Le sacaron fuera de la tienda y le metieron en la parte trasera de un carro aparcado en las inmediaciones. Conor apretó los dientes para poder soportar el dolor sin un gemido. Gritar y mostrar el dolor era el primer paso para la rendición.

El carro arrancó de un bandazo y salió del pueblo. Cada bache del camino se convertía en una agonía para los músculos doloridos y los huesos rotos de Conor. Cerró los ojos y empezó a contar hacia atrás desde el número mil, un truco que había aprendido hacía mucho tiempo. Si uno se concentraba en esa inútil cuenta atrás, se lograba mantener a raya el dolor. Novecientos noventa y nueve, novecientos noventa y ocho...

Conor se encontraba dentro de un carronato descu-

bierto en medio del campo de Luisiana, pero en su mente había vuelto a Mountjoy. La brisa veraniega portaba un aroma a melocotones maduros y a jazmín en flor, esencias dulces que el olor ácido y húmedo de la cárcel cubría. Ocho-cientos cincuenta y dos, ochocientos cincuenta y uno...

El carro pasó sobre un surco del camino y el cuerpo de Conor se elevó unos centímetros en el aire. Aterrizó con fuerza sobre su hombro y sintió como si sus carceleros le acabasen de descoyuntar el brazo y se lo hubiesen vuelto a poner en su sitio. Se mordió el labio hasta hacerse sangre, pero no gritó. Habían pasado cuatro años y estaba a miles de kilómetros de distancia, pero en aquella ocasión no pensaba darles a aquellos bastardos de Orange la satisfacción de oír sus gritos.

A lo lejos, oyó el sonido de un trueno. Sintió una gota de la cálida lluvia veraniega sobre su piel, pero rápidamente se tornó fría... Otra vez la lluvia, la maldita lluvia irlandesa que llegaba hasta él arrastrada por el viento invernal a través del ventanuco diminuto que se abría sobre su cabeza. Tiró de las cadenas que le sujetaban contra las paredes de la celda, pero seguía sintiendo los carámbanos que se le clavaban en el cogote como afiladas agujas. Setecientos veintiséis...

El carromato ralentizó la marcha. Alguien le empujó con la bota y rodó sobre su espalda hasta caer en la carretera de tierra como un fardo. Una nueva oleada de dolor le recorrió todo el cuerpo y lanzó un grito. Odió ser tan débil. Unos segundos más tarde, la oscuridad se cernió sobre él. Setecientos veinticinco, setecien...

Cuando se despertó, se encontraba tendido en medio de una carretera en un paraje desierto. Estaba solo y era de día. Cerró los ojos y cayó de nuevo inconsciente.

Olivia Maitland necesitaba un hombre, y no sólo porque quería limpiar los pastos del sur y plantar algodón la próxima primavera, porque las vallas se estaban cayendo y el porche trasero se estaba hundiendo, o porque los melocotones habrían madurado en dos meses y no habría nadie para ayudarle a hacer la recolecta.

No, la verdad era que Olivia Maitland necesitaba un hombre porque el techo estaba lleno de goteras y ella tenía miedo a las alturas.

Agitó las riendas, pero *Cally* era una vieja mula testaruda y su intención era llevarla al pueblo a su propio ritmo, así que no hacía esfuerzo alguno por ir más rápido. Aquel paso cansino sólo hacía que Olivia siguiese dándole vueltas a sus problemas. Se removió en el asiento del carromato y procuró no impacientarse.

A lo mejor al llegar al pueblo descubría que alguien había respondido a su anuncio. Con sus ahorros había publicado un anuncio solicitando ayuda en la *Jackson Parish Gazette*, y también había puesto carteles por toda la ciudad, pero después de tres meses no había recibido una sola respuesta. Ciertamente era que sólo podía ofrecer alojamiento y comida, y, claro, no era un gran incentivo. Los pocos hombres en buenas condiciones físicas que había por la zona de Callersville podían trabajar en el aserradero a cambio de un sueldo auténtico o trabajar sus tierras como agricultores arrendatarios.

Le cayó una gota de lluvia en el dorso de la mano oscureciendo la gastada piel marrón de su guante. Le siguió otra gota, y otra. Olivia levantó la vista hacia las pesadas nubes de un color gris metálico que cubrían el cielo y se preguntó si debía dar la vuelta. Había estado lloviendo durante la noche y la carretera ya estaba llena de fango. Podría llegar hasta la ciudad, pero si caía otra tormenta aquel día *Cally* no conseguiría llevarla de vuelta a casa.

De todos modos, el viaje probablemente sería en vano. La última vez que había estado en la ciudad Stan le había dicho que no podían seguirle fiando en la tienda y no creía que lograra mucho pidiéndoselo.

Olivia se mordió el labio inferior y miró fijamente la carretera que se extendía frente a ella, llena de surcos y curvas. Los tiempos habían sido duros después de la guerra. Pero desde la muerte de Nate el verano anterior, las cosas habían ido a peor. Nate era un viejo cascarrabias y no muy de fiar, pero era fuerte a pesar de su edad, habilidoso con el martillo y leal de manera incondicional. Además, siempre le había ayudado con la cosecha.

Tenía tres chicas a las que sacar adelante, cerdos y pollos a los que alimentar y la recogida de melocotones en septiembre. El día no tenía horas suficientes para que pudiese ocuparse de todo ella sola. Hasta la muerte de Nate, no se había dado cuenta de cuánto dependía del viejo jornalero ni cuánto lo iba a echar de menos.

Pensó en las chicas y se preguntó cómo iba a poder alimentarlas si no llegaba a tiempo para sacar la cosecha de melocotones a la venta. A lo mejor no debería haberlas acogido cuando murieron sus padres en 1865. Puede que hubiese sido mejor que las hubiesen mandado a un orfanato, puesto que ella no era capaz de ocuparse adecuadamente de ellas.

La carga de todo se le hacía de pronto a Olivia demasiado pesada, y aunque tenía veintinueve años, le parecía que tenía muchos más.

—Dios mío —murmuró—, necesitaría algo de ayuda aquí abajo.

La respuesta le llegó en forma de lluvia.

—Supongo que eso es un no —suspiró Olivia.

Se echó hacia adelante y se bajó el sombrero de paja de ala ancha cubriéndose los ojos. Tampoco era mucho pedir,

la verdad, sólo un hombre que pudiera ayudarla, un hombre al que no le importase trabajar duro y que no esperase cobrar a cambio.

Olivia tiró de las riendas suavemente, guiando a *Cally* por una pronunciada curva de la carretera. Cuando el carrromato tomó la curva, se dio cuenta de que había algo en medio del camino, a unos cuatro metros de distancia. Tiró con fuerza de las riendas para detener a *Cally* y miró fijamente entre las orejas del animal: tendido sobre la tierra en medio del sendero, había un hombre.

Probablemente lo mejor que podía hacer era volver a casa. Últimamente, desde la guerra, había siempre gente peligrosa merodeando por los caminos. Olivia jugueteó con las riendas sin saber muy bien qué hacer. Estaba sola y el hombre era un desconocido.

Sin embargo, ahí tumbado no parecía una grave amenaza. Sin apartar la vista de él, descendió del carrromato. Se recogió la falda marrón desteñida para que no se manchase con el barro y se acercó.

Era difícil describir el aspecto de aquel hombre, pero Olivia sabía que no era de Callersville. Su cabello oscuro estaba cubierto de lodo. Tenía la cara delgada y sin barba, pero estaba hinchada y oscurecida por unos moratones. Sobre uno de los ojos tenía una herida profunda y otra bastante fea en la barbilla. Llevaba la ropa desgarrada y manchada de barro. Cuando Olivia se acercó, el hombre no se movió. Se preguntó si estaría muerto.

Pero cuando se agachó junto a su cuerpo, vio cómo le subía y bajaba el pecho al respirar. No, no estaba muerto, por lo menos de momento.

Olivia se puso en pie y miró a su alrededor. No había nada que pudiera explicar qué hacía aquel hombre allí en aquel estado deplorable. Estaba solo y no parecía llevar nada consigo.

De pronto el hombre gimió y ella se dio cuenta de que debía estar sufriendo muchísimo. No podía dejarlo ahí. Si de algún modo pudiera subirlo al carromato, le llevaría hasta su casa.

Olivia miró fijamente a aquel desconocido inconsciente y se preguntó si sabría cómo reparar un tejado y recoger melocotones. En aquel momento no parecía capaz de nada. Suspiró y se echó el sombrero hacia atrás. Levantó la vista al cielo oscuro y parpadeó al notar las gotas de lluvia que caían sobre su rostro:

—Dios mío —dijo con pesar—, no era esto precisamente lo que había pensado.